

RECENSIONES

LINO RODRÍGUEZ-ARIAS BUSTAMANTE: *Alternativa comunitaria: Nueva posición ideológica*. Organización Sala Editorial, S. A., Madrid, 1976, 380 pp.

El objetivo central de las páginas que nos ofrece el profesor Rodríguez-Arias en el libro objeto de nuestro comentario, obra que en muy poco tiempo ha alcanzado su segunda edición en lengua castellana, gira, especialmente, en torno de los problemas sociopolíticos que en estos momentos tienen planteados la generalidad de los pueblos de allende los mares—área hispanoamericana concretamente—y la posible solución de los mismos. El autor parte de la base de que, efectivamente—según sus propias palabras—, «en América Latina las diferencias entre un país y otro son demasiado acusadas y, de otra parte, observamos en ella una rápida progresión de población y economías en vías de desarrollo, lo cual reduce sensiblemente las oportunidades de los regímenes democráticos. Todo eso conduce a una inestabilidad política en nuestros pueblos; a una pluralidad de partidos, con dificultades de llegar a formar una mayoría coherente; a la constante intervención de los militares en el juego político, etc.». Las tesis, consecuentemente, más destacadas defendidas en el curso doctrinal de este libro están perfectamente localizadas, a saber: *posibilidades de cara al futuro de los pueblos latinoamericanos, pensamiento ideológico actual de su juventud* y, especialmente, *significación y trascendencia que las regiones latinoamericanas entrañan para el resto del mundo civilizado*.

Considera el profesor Rodríguez-Arias que, previamente a cualesquiera intento de establecer nuevas bases de tipo ideológico—es decir, creemos interpretar bien su pensamiento, *realizar nuevos ensayos*—, es preciso insertar en el corazón del hombre latinoamericano un concepto sustancialmente nítido de lo que entendemos por «dignidad humana». Y esta operación consiste, ante todo, en procurar no olvidar que *la libertad y la dignidad de la persona se encarnan en la liberación de sus necesidades esenciales, porque no hay razón de que no sean satisfechas en un mundo que cuenta con grandiosas riquezas y prodigiosos avances tecnológicos*. Es por eso que hay que liberar al hombre—tarea sumamente urgente—de una civilización de consumo que es frustrante para la condición humana. Hay que liberarle también, al mismo tiempo, de una sociedad masificadora y destructiva de los valores psicológicos y culturales. Por lo tanto, entiende el autor de las páginas que glosamos, entablar un diálogo abierto y contundente con todas aquellas fuerzas ideológicas que expresan estas exigencias fundamentales: la representación sindical y el mundo de la técnica y de la cultura. Esta es la causa por la cual

—subraya el autor refiriéndose exclusivamente a los pueblos latinoamericanos— nuestro *pluralismo ideológico*—sobre el plano institucional—no consiste solamente en el reconocimiento de una serie de instituciones políticas y administrativas, diversas por sus dimensiones y por sus tareas. Y es que en la actualidad el municipio, la provincia, la región, el Estado, la autoridad constituyen al mismo tiempo una liberación del «Leviathan» centralizador y nulificador de las iniciativas particulares y, a la vez, una toma sobre sí de un conjunto de responsabilidades de invención, de promoción, de realización, inclusive en los dominios que otrora correspondieron con exclusividad a las entidades privadas.

* * *

Iberoamérica, consecuentemente, tiene —mucho más que en germen— ya en sus manos la posibilidad de solucionar los problemas de su futuro-presente. No se vislumbra en el horizonte, especifica el profesor Rodríguez-Arias, otra posibilidad más concreta y eficaz que la aplicación de la doctrina anteriormente indicada: *el Comunitarismo. Porque el Comunitarismo*—escribe el autor citado— *no puede restringirse con miopía tan sólo a la obra de un determinado Gobierno; sus raíces, sus impulsos y sus proyecciones son imprevisibles e indescifrables, aun para aquellos que lo inventaron, lo pusieron en ebullición y lo lanzaron a configurar la vida pública.* Claro está, considera oportunamente el autor en otro lugar de su obra, que no se trata de una ideología de fácil acomodo. Para que la doctrina comunitaria pueda existir en su pureza original, tal cual ha sido formulada por sus principales defensores, es preciso el cumplimiento de una sola condición. Una condición, en rigor, que a la vez agrupa o engloba muy sugestivas posiciones: *Mientras exista voluntad de servicio a la comunidad, respeto a la dignidad humana, estructura social basada en el trabajo, pluralismo político y conciencia de cambio revolucionario, estaremos ante un principio de vida comunitaria. Viviremos apartados, por lo tanto, del capitalismo y de la dictadura del proletariado. Nos encaminaremos hacia un nuevo estilo de vida.*

El *Comunitarismo*, en definitiva —cuando menos esta es la tesis defendida por el destacado autor de estas páginas—, no es una ideología más, dentro del contexto de todas las ensayadas en los últimos lustros sobre el área iberoamericana. América Latina demanda en la hora presente auténticas y sólidas soluciones. Por eso, y en este extremo descansa la autenticidad de la doctrina expuesta, «nos parece muy improbable que podamos levantar un edificio de líneas armoniosas, digno de emulación e incólume a la erosión de los tiempos, si partimos de las improvisaciones, del caos y de las cenizas. Esto no quiere decir que ignoremos que hay que deshacer muchos entuertos y evitar con energía que el lujo, la orgía y el despilfarro sean plato del día entre un pequeño grupo de avarientos comensales a la vez que millones de seres humanos mueren de hambre o vegetan en condiciones infrahumanas...».

De todas formas, subraya con gruesos trazos el profesor Rodríguez-Arias, ya no es posible engañar a nadie. Todas las cosas, para bien o para mal, tienen perfectamente destacado su perfil y, consecuentemente, también los hombres de nuestro tiempo muestran, unos respecto de otros, un profundo «conocimiento».

RECENSIONES

A la vista de cuanto antecede, por supuesto, no nos sorprende en absoluto el diagnóstico que el doctor Rodríguez-Arias emite sobre el panorama social, político y económico de la sociedad de nuestro tiempo: La sociedad actual —escribe— se debate entre la mística del humanismo abstracto y la mística de lo colectivo; el primero de ellos —cuya representación genuina es el sistema capitalista— nos exalta el concepto de «individuo», negándose el valor a la realidad de lo social; y la mística de lo colectivo desconoce la realidad y el valor de la persona humana, desde el momento que lo subyuga a la clase, a la comunidad, al partido, en fin, a entes abstractos cuya vida real depende de la propia realidad individual que contienen.

En estas circunstancias surge el *Comunitarismo*, como vía propia que supera la antítesis capitalismo-marxismo, no a través de una fría combinación de elementos de uno y otro, sino mediante una síntesis superadora de estas ideologías antagónicas que cada día se encuentran más lejos de proporcionarnos la felicidad humana. De esta manera, cuando nos referimos a la dignidad de la persona humana, sabremos cómo se salvaguarda en una sociedad comunitaria, sin tener que seguir amparándola en las libertades del capitalismo; o si lo hacemos a la justicia social, tendremos una noción exacta de los mecanismos para su cumplimiento, sin tener necesidad de recurrir a las fórmulas marxistas que exigen tantos sacrificios humanos. Luego se trata de un sistema ideológico donde el hombre encuentra un clima propicio para desarrollar su personalidad individual, teniéndose siempre presente, por otra parte, sus deberes sociales. *De aquí que a la libertad individual se la imprima un sentido de responsabilidad a través de la presencia del principio de autoridad, a la vez que se toman las medidas que impidan a ésta degenerar en arbitrariedad y dictadura.*

El *Comunitarismo* entraña, ante todo, una sugestiva finalidad: *equilibrar la vida del hombre y garantizar su esfera de libertad.* Para conseguir la realización material de este viejo sueño, propio de las concepciones humanísticas de la época del Renacimiento italiano, insiste en el hecho de que es preciso situar a cada ser humano en la sociedad con los medios económicos necesarios para su subsistencia y protegerle eficazmente contra aquellos que intenten mediatizarle, haciéndole ver que se encuentra encuadrado en un orden, cuyas normas se apoyan en la autoridad del grupo. Así se conjugan libertad y orden. *Siempre la libertad del individuo ha de hallarse dentro de unos límites justos; es decir, reconociendo la libertad que justamente corresponde a sus semejantes, los derechos que pertenecen a los demás individuos y a la sociedad como tal, por cuanto la persona debe darse cuenta que tiene unos fines sociales que cumplir y que, precisamente, cumpliéndolos está realizando su propio bien.*

* * *

Vemos, pues, que la base sustancial, sólida y trascendente en la que se apoya el sutil edificio ideológico del *Comunitarismo* lo constituye la *libertad*. Consecuentemente, subraya finalmente el profesor Rodríguez-Arias, *la libertad actúa como posibilidad de autorrealización del hombre, a cuyo fin la sociedad tiene que liberarlo de todas aquellas limitaciones que no proceden de su misma naturaleza, dándole oportunidades a que se manifieste tal cual es.* Aquí radica la distinción del régimen democrático de la dictadura, pues en

ésta no hay más libertad que la del dictador, mientras en aquél los ciudadanos son libres; claro es, que dentro de un sistema normativo. Antonio Hernández-Gil, nos recuerda el autor del libro objeto de nuestro comentario, ha dicho: «La libertad no es ausencia de normas, sino presencia de normas reconocedoras de libertad.» Y Alessandro Passerin D'Entreves establece: «Donde no hay ley no puede ejercerse la libertad. Porque la libertad significa no hallarse sometido a imposiciones y a la violencia de los demás, y esto puede suceder cuando no hay ley.»

En definitiva, he aquí el mensaje central que nos ofrece el autor, es preciso, ante el inmediato futuro, *modelar en el barro de hoy al hombre del mañana, insuflando en su espíritu un hálito de comprensión comunitaria; pues mientras no consigamos que la persona—y los pueblos—se abra a otras personas, y la comprenda, y sufra y goce con ella, como en su propia carne, sus problemas y esperanzas, continuaremos insertos en la inercia de los tiempos presentes, es decir, seguiremos, a cualesquiera nivel—nacional e internacional—, siendo extraños los unos a los otros. Y, por lo tanto, en esa situación no será posible la existencia de una auténtica comunidad real; sólo coexistencia de mala gana y hasta violenta...*

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

OSCAR WAISS: *Del Colonialismo a la Revolución (Breve historia de América Latina)*. Editorial Zero, S. A., Madrid, 1975, 221 pp.

El principal mérito que entraña el libro que tenemos en nuestras manos, independientemente de otros muchos, estriba en el formidable esfuerzo realizado por su autor para condensar en escasísimas páginas la amplísima historia sociopolítica y socioeconómica de la América latina contemporánea. Justamente, como ha subrayado el prestigioso profesor español Hernández Sánchez-Barba, los programas de reconstrucción, aplicados intensivamente en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la culminación en los mismos años del proceso descolonizador y el correspondiente acceso de extensas regiones de África, Asia e Iberoamérica a las formas y estilo de la vida moderna, han provocado una intensa y creciente demanda sobre los mercados, consecuencia inmediata del incremento gigantesco del consumo. Por otra parte, la industrialización y los proyectos de dominio del espacio multiplicaron las inversiones e hicieron crecer de modo considerable la oferta global. El crecimiento global produce—y origina—una amplia explanación de tensiones de onda mundial, un sector de las cuales son debidas a la misma confrontación de los nuevos límites de la oferta y la demanda, manifestándose en *inflación*, considerablemente agravada como consecuencia de la escasez de oro, *subempleo* o *superempleo*, según los sectores regionales y *desnivel* entre el mundo industrial de rápido crecimiento y el escaso o nulo crecimiento del llamado «Tercer Mundo»; el escalón diferencial entre ambos mundos aumenta de año en año. Otro campo de tensiones en directa vinculación con el poderoso impulso económico básico se encuentra representado, desde la coyuntura del año 1945, por la alteración profunda de las estructuras formales. En efecto, las antiguas formas del capitalismo (patrimonial, anónimo, financiero) se han debilitado, e incluso desaparecido, substituidas

RECENSIONES

por el capitalismo tecnocrático. Por otra parte, y simultáneamente, las empresas experimentan una honda transformación adquiriendo un carácter operativo internacional y uniéndose estrechamente a los Estados; en consecuencia, sus decisiones alcanzan repercusiones políticas, diplomáticas y sociales incalculables hasta el punto de que pueden provocar perturbaciones y acomodamientos imprescindibles en el desenvolvimiento de las políticas de área nacional, mientras que sus técnicas (informática cuantitativa, psicológica industrial, automatización, aplicación de nuevas fuentes de energía) imprimen un ritmo vertiginoso a la producción, ordenan el consumo a través de sus hábiles propagandas y racionalizan mecánicamente las penetraciones en los mercados.

* * *

Piensa el doctor Oscar Waiss—consideración que expone al iniciar su obra—que los países latinoamericanos difieren entre sí y están muy lejos de mostrar idénticas modalidades en todos los aspectos de su organización económica o social. Son notorias las diferencias de raza, de costumbres, de cultura, de desarrollo, de gobierno y de lenguaje. El negro haitiano habla francés, el país más extenso y de mayor población utiliza el idioma portugués y casi todo el resto se quedó con el español. La masa indígena gravita fuertemente en Bolivia, Perú, Paraguay, Ecuador, Guatemala y México, mientras prácticamente ha desaparecido en Argentina, Costa Rica, Uruguay y Chile. En muchas zonas los campesinos conocen solamente el quechua, el aymará o el guaraní. Las modalidades políticas son múltiples y van desde el régimen socialista de Cuba hasta las dictaduras totalitarias de corte regresivo, pasando por una que otra democracia al estilo europeo. En cuanto a sus estructuras económicas, hay bastante distancia desde el relativo desarrollo de México, Argentina y Brasil y la retardada evolución de Haití, la República Dominicana, Bolivia o Paraguay. Mientras Brasil pasa de los cien millones de habitantes y México de los cincuenta, Panamá apenas se empina sobre el millón y medio, en tanto Paraguay, Uruguay, Nicaragua y Costa Rica cuentan entre dos y tres millones...

La diferencia sustancial entre los países iberoamericanos, en su conjunto, y aquellos que fueron conquistados y organizados por otras naciones europeas, no debe buscarse en la riqueza original de las zonas respectivas ni en los métodos empleados por la nación invasora, sino en la estructura económica y social implantada, así como en la aplicación de los aportes científicos y tecnológicos que desde el siglo xvi se fueron desarrollando en centros universitarios y culturales de la Europa central. Los ingleses abrieron a la iniciativa pionera el territorio de la parte Norte, y la misma política siguieron los franceses, naciendo así una clase media que se levantaba con su propio esfuerzo, pero paralelamente los portugueses y españoles trasladaban a la parte Sur su ya añeja concepción aristocrática, cerrándole el paso a la formación de una capa de propietarios interesados en el incremento de la producción y montado a través del régimen de la encomienda y la tradición del mayorazgo la progresiva amortización terrateniente que hizo del latifundio una traba insuperable para todo progreso agropecuario real, a la vez que eliminaba las posibilidades manufactureras o fabriles, dejando al margen del mercado consumidor a la inmensa mayoría de los habitantes.

RECENSIONES

Para el doctor Oscar Waiss la generalidad de los pueblos latinoamericanos, salvo muy cualificadas excepciones, han estado casi siempre profundamente dominados por dictaduras tiránicas. Dictaduras que, en cierto modo, han sido el fruto lógico de unas determinadas circunstancias que el autor se esfuerza en proceder a explicar con el máximo de claridad posible, a saber: a una base social heterogénea corresponde generalmente una expresión política confusa; a sociedades con estratos de clase indefinidos les surgen las más contradictorias y diversas formas de gobierno; en el terreno infecundo de economías vacilantes germinan ideologías y tendencias postizas o trucas. En América Latina, después de siglos de superposiciones en injertos, y debido a la aparición de grupos sociales estimulados por la nueva industria y conmocionados por los efectos de la Primera Guerra Mundial, vemos nacer en la primera mitad del siglo XIX desde insolentes caudillos que imponen brutales tiranías hasta movimientos populistas que intentan canalizar racionalmente el descontento. El juego político normal en las democracias burguesas suele convertirse en un remedo farisaico cuando se intenta en estos escenarios, y aun los términos usuales de libertad, derechos humanos, sufragio universal o justicia sobran, en estos ámbitos, significados diferentes a los usuales y civilizados que llegan, en ocasiones, a resaltar estrambóticos e irreales. Apelando a la «verdadera democracia», cualquier tiranuelo puede ordenar el asesinato de miles de ciudadanos, sin forma alguna de proceso; los integérrimos magistrados hacen oídos sordos a los *habeas corpus* más evidentes; las elecciones se deciden días antes de la emisión de los sufragios; la invocación de los derechos humanos provoca estallidos de hilaridad en los sicarios...

* * *

El autor, finalmente —luego de una sucinta explicación de las líneas esenciales de la evolución político-social chilena—, acaba reconociendo, entre otras muchas cosas, que, en efecto, *la coordinada general del comunismo latinoamericano se ha visto cuestionada por dos planteamientos diferentes: el del Partido Socialista de Chile y el de los movimientos guerrilleros que proliferaron desde la victoria de Fidel Castro*. Los socialistas chilenos han mantenido, con bastante persistencia, la teoría de que los frentes políticos policlasistas llevan fatalmente a la capitulación, porque las burguesías nacionales retroceden en el momento mismo en que es preciso cambiar las bases económicas y sociales de la nación, por lo que se inclinan a la política llamada de «frente de trabajadores», en que el control del movimiento, la dirección de las acciones y la orientación del proceso están en manos de la clase obrera y sus aliados, los campesinos. En la práctica han solido inclinarse con cierto oportunismo ante las exigencias contingentes y aceptado la colaboración con partidos burgueses, como el Agrario Laborista o el Radical, aunque debe reconocerse que inclinaron la balanza en favor de la dirección clasista —con limitaciones que resultaron fatales— durante el período de 1970 a 1973.

* * *

En fin, América Latina —según el criterio del autor cuyo libro hemos comentado con algún detenimiento— posee una aspiración, un anhelo, un

RECENSIONES

viejo sueño que no puede aplazarse por más tiempo, ni es conveniente hacerlo, a saber: *el asegurar las libertades esenciales a través de una ampliación de la democracia, lo que se explica por el funcionamiento deshonesto de las aparentes democracias de esta zona.* Pero, naturalmente, la cosa no es ni mucho menos de diaphanidad asequible, puesto que, cuando menos, *los pueblos desean organizar partidos y sindicatos, elegir auténticos representantes, erradicar el fraude y otros vicios eleccionarios, discutir sin temores sus problemas, alfabetizar y educar a la mayoría.* Es imposible ubicar un solo movimiento popular en que el principio de la libertad no sea enarbolado preferente. Esto no se contradice con la violencia revolucionaria, en cuanto ésta tiende a consagrar una verdadera democracia. El doctor Oscar Waiss, que en este libro trata de ser original y objetivo, nos ofrece unas páginas que, efectivamente, debemos de considerar importantes, pero que, en el fondo, no nos descubren absolutamente ningún aspecto nuevo sobre la gravísima problemática sociopolítica y socioeconómica que gravita sobre ese mundo, en constante ebullición, que se llama, que se denomina, que se signa de tantas y tan radicales maneras: Hispanoamérica, Iberoamérica, América Latina—escoger el nombre ya es, de por sí, conflictivo...—. ¿Qué cosas no acontecerán en esas otras áreas tan predisuestas al confusionismo como lo político, lo social, lo económico y lo religioso?

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

